

XXXIV.

¿Quién del fondo del alma te desecha?
 Como el águila soy que lleva hundida
 en su ala enorme la traidora flecha,
 y va sangrando sempre de su herida.
 Desalentada, atónita y maltrecha
 por la ancha inmensidad vuela perdida,
 hasta que encuentra, al desplomarse inerte,
 en abrupto peñon oscura muerte.

XXXV.

¡Yo tambien moriré!... ¿Dónde? ¿Quién sabe!
 Desesperado y con mi herida abierta
 pudiera hallar mi tumba, como el ave,
 quizás en roca estéril y desierta.
 No habrá, do quiera que el pesar me acabe,
 quien, abrazado á mí, lágrimas vierta,
 ni quien cierre mis ojos y recoja
 mi último beso, mi postrer congoja.

XXXVI.

¡Olas del mar que con la frágil quilla
 de mi libre bajel rompo y quebranto,
 corred, llegad á la britana orilla
 crecidas y amargadas con mi llanto.
 Y allí, do triste y silencioso brilla
 mi abandonado hogar, si alcanzais tanto,
 decid, junto á la lumbre, al ángel mio,
 que estoy muriendo de cansancio y frio!

XXXVII.

¡Frio del corazon que hasta mis huesos
 penetra y por mis venas se derrama,
 y agolpa á mi memoria los sucesos
 de mi vida, en confuso panorama!
 Sólo el calor de tus amantes besos,
 no los pálidos rayos de la fama,
 pudieran dar al alma entumecida
 de tu padre infeliz, aliento y vida.

XXXVIII.

¡ Pero jamás tu sonrosada boca
 en mí se posará ! ¡ Nunca el abrigo
 de tus brazos tendré ! Sufrir me toca
 errante y resignado mi castigo.
 ¡ Oh ! Si no tienes corazon de roca,
 cuando se cebe la opinion conmigo
 y escarnecido mi recuerdo veas,
 compadéceme, y gime, y no la creas (4).

XXXIX.

Acaso te dirá que ingrato y duro
 abandoné la cuna en que dormias,
 que no tuve piedad, que fuí perjuro
 y me encenago en crápulas y orgías.
 Te engaña ; no la creas. ¡ Te lo juro
 por mí, por tí, por los fugaces dias
 de amor y calma que gocé á tu lado !
 Pude imprudente ser, mas no culpado.

XLXX.

¡ Lloro pensando en mí ! Justo es que llores,
 pues miéntras dure de mi vida el hilo,
 iré siempre á merced de mis dolores
 sin paz, sin esperanza y sin asilo.
 — Mas basta ya de inútiles clamores :
 surca, velera nave, el mar tranquilo ;
 que ya ilumina el sol de la mañana
 la cima del Pentélico, cercana.

XLI.

Al traves de los diáfanos celajes
 con que aparece la rosada aurora,
 ante mí se despliegan los paisajes
 que la naciente luz inunda y dora.
 ¿ Serás término y fin de mis viajes,
 desolada region ? Dáme en buen hora,
 si el cielo quiere que por tí sucumba,
 á la sombra de un sáuce, humilde tumba :

XLII.

Ó á la orilla del mar, fuera del paso
de los mortales, donde apénas haya
señal de vida, y con rumor escaso
las olas se adormezcan en la playa.
Sepúltame de cara hácia el Ocaso,
para que cuando el sol á hundirse vaya
en las costas de Albion, léjos, muy léjos,
me alumbre con sus últimos reflejos.

XLIII.

¡Ay! Esa luz incierta y fugitiva,
cuando á la tarde sobre mí se abata,
será como un recuerdo que reciba
de mi patria orgullosa y siempre ingrata.—(5)
Mas ¿quién piensa en morir? Grecia cautiva
hoy de su férreo yugo se desata,
y miéntras libre y próspera no sea,
morir es desertar de la pelea.

XLIV.

¡Grecia, Grecia inmortal! ¡Madre amorosa
de héroes y génios! ¡Sosegada fuente
de rica inspiracion! ¡Fecunda esposa
del arte! ¡Eterna luz de nuestra mente!
¡Con qué ansiedad tan íntima y piadosa
por vez primera respiré tu ambiente!
y al escuchar el son de tus cadenas,
¡con cuánta indignacion lloré en Aténas!

XLV.

Yo recorrí tus campos, tus sombríos
bosques y tus poéticas colinas;
templé mi sed en tus sagrados rios
y me bañé en sus ondas cristalinas.
Entregado á mis vanos desvaríos
con mudo asombro contemplé tus ruinas,
iluminadas por el cielo heleno
de música, y color, y aromas lleno.

XLVI.

¡Cuál se destacan los contornos puros
del templo secular! La verde hiedra
trepando inquieta por los altos muros,
en la hendida pared arraiga y medra.
Mueve el aire sus vástagos oscuros,
colora el sol la ennegrecida piedra,
y parece que inmóvil en la cima
el moribundo Partenon se anima.

XLVII.

Allí sesteaba el balador ganado,
paciendo en calma la reseca hierba
que crece al pié del templo consagrado
á las fecundas artes de Minerva.
El pastor perezoso y descuidado,
á quien el sol canicular enerva,
duerme tranquilo en la agostada alfombra
del mutilado pórtico á la sombra.

XLVIII.

Tranquilo duerme ó vaga sin objeto
al compas de los cantos que improvisa,
dulces como la miel del monte Himeto
que en el lejano término divisa.
Él, de una raza de gigantes nieto,
su heróica tierra indiferente pisa,
y no guarda indolente en su memoria
ni el propio origen, ni la patria gloria.

XLIX.

Mas la conserva el mundo. En vano, en vano
celosos de tus ínclitas empresas
el tiempo adusto y el rencor humano
redujeron tus templos á pavesas.
En vano ¡oh Grecia! la implacable mano
de tu opresor envilecida besas:
tan excelso renombre conseguiste
que á la edad y á tu infamia se resiste.

L.

¡Y nunca morirá! Puede la lumbre
 extinguirse en tu claro firmamento ;
 puede rodar la inmensa muchedumbre
 de tus dioses, postrada y sin aliento.
 Pero los ecos de la enhiesta cumbre,
 los rumores del bosque, el mar y el viento,
 repiten cadenciosos los gemidos
 de tus dioses olímpicos vencidos

LI.

Vencidos, mas no muertos. ¿Hay alguno
 que no viva en el mundo de la idea ?
 En él fulgura Apolo, alienta Juno,
 duerme en su concha Vénus citerea,
 en su carro marino el dios Neptuno
 por el undoso piélagos pasea,
 Júpiter vibra el rayo ignipotente
 y orla Baco de pámpanos su frente.

LII.

Aún ciñendo su rústica guirnalda
 turban nuestra memoria tus Bacantes,
 con el cabello suelto por la espalda
 y los desnudos pechos palpitantes ;
 aún vagan en silencio por la falda
 del sacro Pindo, que animaron ántes,
 tristes las Musas, pero siempre hermosas,
 coronadas de lauro, y mirto, y rosas.

LIII.

La rabia, en los mortales corazones,
 de tus negras Euménides aún dura ;
 aún surcan tus Nereidas y Tritones
 del hondo mar la líquida llanura ;
 aún se perciben los alegres sonos
 de la flauta de Pan en la espesura,
 cuando ensalza y endiosa la grandeza
 de la amante y feraz Naturaleza.

LIV.

La luminosa huella de tu paso
 es estela que nunca se ha extinguido,
 y conservas tu fama, como el vaso
 guarda el aroma del licor vertido.
 Se alza Homero en la cumbre del Parnaso
 resistiéndose al tiempo y al olvido,
 y de tus ricas artes los despojos
 encanto son del alma y de los ojos.

LV.

Labra el mármol con mano ejercitada
 Fidias, infúndele su fuego interno
 y da á la humanidad maravillada
 de la eterna belleza el molde eterno.
 La piedra por el genio fecundada
 palpita á impulsos del amor materno,
 y surge de su entraña endurecida
 la estátua llena de reposo y vida.

LVI.

La ardiente inspiracion del viejo Esquilo,
 sorprendiendo el dolor de Prometeo,
 revela al mundo en prodigioso estilo
 las perdurables ansias del deseo.
 Jove impasible, pero no tranquilo
 oye el rugir del indomable reo,
 que encadenado á la escarpada roca
 con renaciente furia le provoca.

LVII.

¡No, no te asuste lo futuro ignoto,
 comarca infortunada! Aunque tus dias
 cortase de improviso el terremoto
 y te tragara el mar, no moririas.
 Bastaran una estrofa, el dorso roto
 de una estátua, un fronton, cenizas frias
 de tu pasado, para no olvidarte.
 ¡Oh cuna de los dioses y del arte!

LVIII.

¡Con cuán amarga indignacion, con cuánto dolor, presa de un déspota contemplo tanta belleza incomparable, y tanto recuerdo augusto á la virtud ejemplo! Todo me inspira lástima y espanto: el arco hendido, el derribado templo, la columna volcada entre la hierba, tus hijos degradados y tú sierva.

LIX.

¿Y ha de vivir en abyeccion profunda siglos y siglos, tu escogida raza? No: ponte en pié, revuélvete iracunda, el fuerte escudo minervino embraza: para romper tu bárbara coyunda, de Hércules toma la pujante maza, acostumbrada en sus fornidas manos, á rendir monstruos y á domar tiranos.

LX.

Lanzas te den tus bosques, tus cadenas hierro para luchar, las tempestades su furor, y el recuerdo de tus penas odio mortal para que no te apiades. Convierte tus peñascos en almenas, tus campos tala, incendia tus ciudades, y si ser grande y respetada quieres de tí, no más, la salvacion esperes.

LXI.

Recuerda, ¡oh Grecia! los antiguos hechos de tus hijos magnánimos y bravos, y reconquista sola tus derechos sin fiar en latinos ni en esclavos. Cubra la cota bélica tus pechos cansados ya de amamantar esclavos, y el rayo destructor tu diestra vibre, que quien sabe morir, sabe ser libre.

LXII.

Así entendieron el valor, tus bellas
y nobles hijas en la infausta rota
con que probar quisieron las estrellas
la fe de un pueblo enérgico y patriota.
Cuando madres, esposas y doncellas,
siguiendo en pos de la legion suliota (6),
vieron, con sed inútil de venganza,
de sus deudos la bárbara matanza.

LXIII.

El implacable Alí, de rabia ciego
y ansioso de vengar viejos reveses,
cayó de pronto sobre el campo griego
como la tempestad sobre las mieses.
Y entró con furia tal á sangre y fuego,
azuzando á sus rudos albaneses,
que cuando á la salida se previno
le cerraban los muertos el camino.

XLIV.

Con mudo afan y punzadora pena,
multitud de mujeres contemplaba
el brutal frenesí de aquella hiena,
desde una roca inaccessible y brava.
De acerbo llanto silenciosa vena
sus lívidos semblantes inundaba,
y ante aquel espectáculo sangriento
ni un suspiro exhalaron ni un lamento.

XLV.

¡Cuán mortalmente á todas de rechazo
el bronco golpe del cañon heria!
Que era el combate decisivo, el plazo
funesto, interminable la agonía.
Sólo el cándido niño en el regazo
maternal, inocente sonreía,
sin comprender su desventura horrenda
y ajeno, el triste, á la feroz contienda.

LXVI.

Firmes como granítica muralla,
de sangre, y polvo, y de sudor cubiertos,
los griegos esperaron la metralla
de su trágico fin ni un punto inciertos.
Pudo el turco en el campo de batalla
contar á los vencidos por los muertos,
que Allí no dió cuartel, ni hubo suliota
capaz de resignarse á su derrota.

LXVII.

De pié sobre la ingente cortadura
del ágrío monte en cuyo fondo mismo,
espumoso torrente de agua oscura,
la grandeza aumentaba del abismo,
madres, hijas y esposas sin ventura,
del terror en el fiero paroxismo,
veían con atónita mirada
el término fatal de la jornada.

LXVIII.

¡Todo acabó! Desgarrador lamento
que el eco repitió de cumbre en cumbre,
brotó, en la angustia del postrer momento,
de aquella estupefacta muchedumbre.
Trastornada, convulsa, sin aliento,
prefiriendo á la torpe servidumbre
la palma del martirio victoriosa,
y á las infamias del haren, la fosa,

LXIX.

cual si cediese á inspiracion secreta
ó á ley divina, en su furor creciente
abalanzóse hácia la enorme grieta
que daba paso al bramador torrente.—
Todo, todo yacia en paz completa :
la tierra muda, el cielo indiferente,
el viento adormecido, el mar en calma...
¡Qué sola está cuando padece el alma!

LXX.

¡Ay!—Con acento entrecortado y hondo
clamó una madre, de ósculos cubriendo
al hijo de su amor:—¡Yo te respondo
de que libre serás!—Y esto diciendo,
despeñó al niño, que rodó hasta el fondo
del voraz antro con medroso estruendo,
y sonó un grito de ansiedad suprema
que era á la vez gemido y anatema.

LXXI.

Y todas ¡ay! en su dolor profundo,
descompuesta la faz, con el cabello
erizado, y la rabia, cual inmundo
reptil, ceñida y enroscada al cuello;
de la vida olvidadas y del mundo,
y extinto en ellas el postrer destello
de la fe que á los míseros anima,
dieron sus hijos á la hambrienta sima.

LXXII.

¡Una sola faltó! De la hendidura
que abrió un arroyo en la caliza roca,
y donde acaso en su mortal pavora
buscó refugio atribulada y loca,
sobre hermosa y dormida criatura
apretada la faz, boca con boca,
y de amarilla palidez cubierta,
no se movió una madre. ¡Estaba muerta!

LXXIII.

Ya consumado el duro sacrificio,
todas en rueda y de la mano asidas,
al borde del ríscoso precipicio
giraron por el vértigo impelidas.
Al compas de su lúgubre ejercicio
iba el abismo devorando vidas,
y sacando sus víctimas la suerte
de aquella horrible *danza de la muerte*.

LXXIV.

Eran principio y fin de su camino
 la fiebre arriba y el sepulcro abajo,
 y una tras otra en raudal remolino
 fueron cayendo en el inmenso tajo (7).
 ¡Confunda Dios al déspota asesino
 que á tan sangrienta extremidad las trajo,
 y déle, como premio á sus hazañas,
 hijos sin fe, y esposa sin entrañas!

LXXV.

Pero es forzoso que mi canto acabe.
 Ya llegamos al puerto: ya sumisa
 da fondo en él la afortunada nave,
 columpiándose al soplo de la brisa.
 Ya recoge sus alas como el ave
 que al nido llega, y con ingenua risa
 saluda el marinero enternecido,
 como el ave tambien, su patrio nido.

LXXVI.

¡Feliz mil veces él! ¡Cuán placentera
 con blando afán, en la cercana orilla
 le aguardará quizás su compañera,
 inocente como él, como él sencilla!...
 ¡Ay! ¿Quién me espera á mí...?—¡Grecia me espera!
 Doblo ante su infortunio mi rodilla,
 y mientras llore opresa y desgarrada,
 lira, ¡déjame en paz!... ¡Venga una espada!

